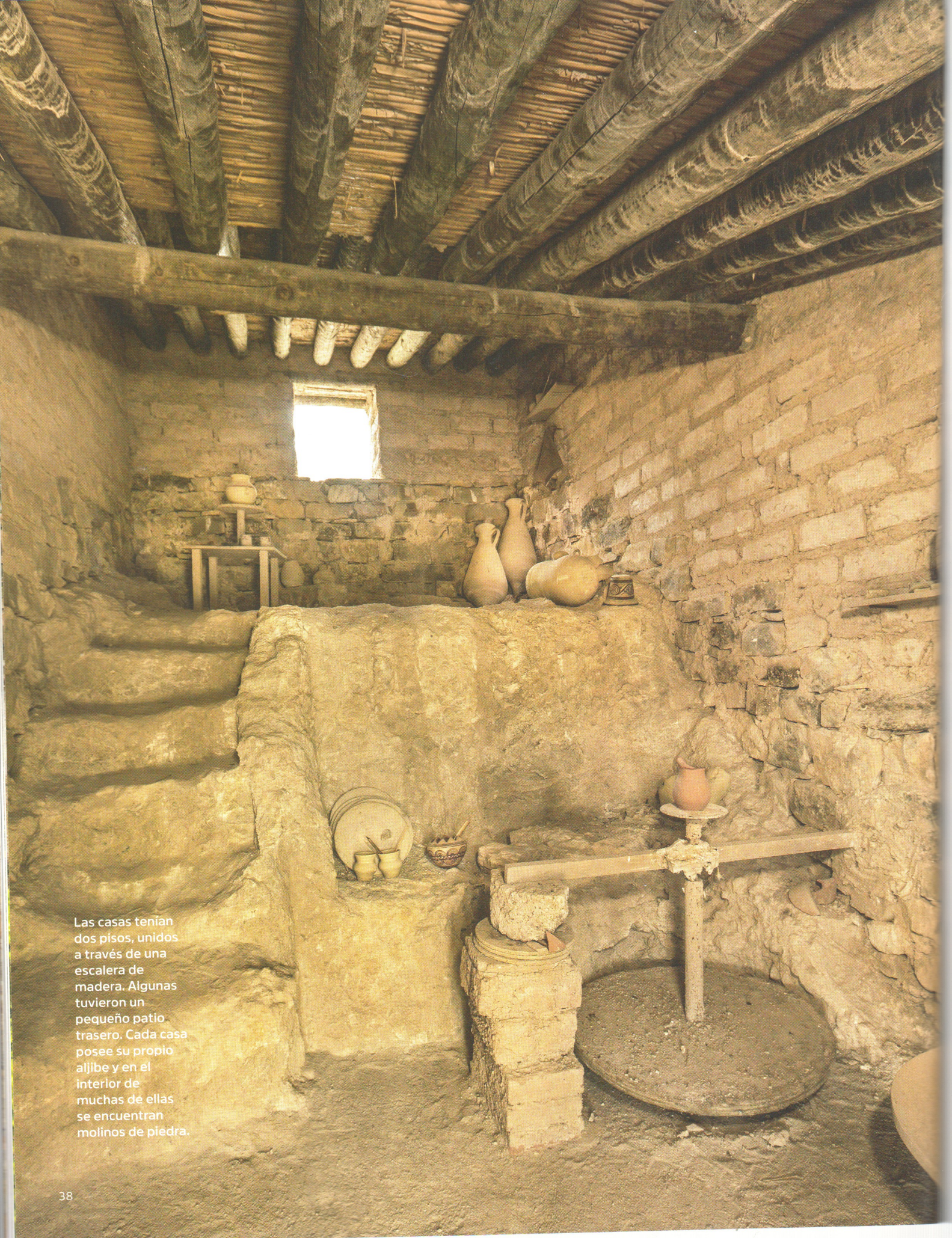




Réplica a tamaño natural de las casas íberas del poblado del Cerro de la Cruz. Estaban construidas con muros de tapial o de adobe sobre un zócalo de piedras, con paredes enfoscadas y encaladas. Las cubiertas planas, de arcilla y cal, son casi horizontales para evitar la erosión ocasionada por las lluvias.



The photograph captures the interior of a traditional, rustic dwelling. The walls are constructed from rough-hewn stone blocks, and the ceiling features thick, dark wooden beams. A wooden staircase on the left leads to an upper level. In the background, a small window allows natural light into the room. Various pottery items, including large jugs and smaller bowls, are placed on shelves and the floor. A wooden crossbar is supported by a stone pillar, and a large, flat, circular stone object, likely a millstone, is visible on the floor. The overall atmosphere is one of historical authenticity and traditional craftsmanship.

Las casas tenían dos pisos, unidos a través de una escalera de madera. Algunas tuvieron un pequeño patio trasero. Cada casa posee su propio aljibe y en el interior de muchas de ellas se encuentran molinos de piedra.

de residencia aristocrática, pues no se trataba de una simple torre de vigilancia militar.

No conocemos la relación que estos señores aristocráticos mantendrían con la vecina ciudad íbera de Licabrum, posteriormente romanizada como Igarbrum. El caso es que se vieron envueltos en la terrible Guerra Púnica que en el siglo III a.C. enfrentaría a Roma con Cartago, cada uno de los contendientes apoyado por diversas ciudades íberas. A los del Cerro de la Merced —otro lugar sin nombre— les tocó estar en el bando perdedor y, en consecuencia, la fortificación sería destruida a conciencia, desmochando la torre y demoliendo sus esquinas. Probablemente, los propios defensores supervivientes, una vez esclavizados, serían los encargados de demoler su antiguo orgullo y cobijo, una humillación más para los perdedores de la historia.

En época emiral se erigió una torre más pequeña, que de nuevo sería destruida por los Omeyas de Córdoba, en el contexto de las guerras muladíes con el bravo Omar ben Hafsún de Bobastro. Y, tras la expulsión de los moriscos, el Cerrillo Redondo, como también se le conocía, se convirtió en el cerro del tesoro, tentando la ambición de los buscadores intrépidos.

La torre fue incendiada, como lo demuestran los paños de tapiales cocidos, lo que les ha permitido llegar hasta nuestros días sin deshacerse. Aún persiste el misterio del aljibe. No se ha encontrado a pesar de suponerse su necesidad, ya que el agua queda fuera y, en caso de asedio, no se podría acceder a ella.

Nos despedimos agradecidos de Antonio Moreno, mientras observamos la silueta imponente del cerro y nos figuramos su construcción íbera, de expresa monumentalidad, que dominaría el paso a la sierra, que nosotros recorreríamos tras nuestra comida en una de las ventas que se encuentran en su puerto.

Cerro de la Cruz (Almedinilla)

Un poblado asaltado e incendiado que se conserva como una cápsula del tiempo

NUESTRA SIGUIENTE VISITA sería el pueblo de Almedinilla, convertido en toda una referencia de buena gestión en cuanto dinamización arqueológica. Almedinilla, pueblo precioso por otra parte, posee dos yacimientos de excepción, la villa romana de El Ruedo y el poblado íbero del Cerro de la Cruz —otra ciudad sin nombre— que iríamos a conocer.

Ignacio Muñiz, Nacho Muñiz, como es conocido por todos, nos aguarda para mostrarnos algunos ajuares encontrados en la necrópolis de Los Collados, frente al Cerro de la Cruz. Accedemos a una casa del pueblo dedicada al apoyo técnico de las tareas de la arqueología. Allí, además de una estupenda biblioteca especializada,

se ubican el taller de restauración y el almacén de piezas descubiertas en sus yacimientos.

Bajamos al taller, donde encontramos a Gonzalo Casas concentrado en la concienzuda tarea de restauración de lo que parece un puñal doblado. Nacho nos muestra el ajuar de la tumba 3, que resulta ser un armamento completo. Un soliferrum —lanza por entero de metal—, una espada, ambas dobladas, una punta de lanza con su regatón, un asa de escudo... Estas armas eran el ajuar de la persona incinerada y enterrada en la urna cerámica que vemos. Analizadas las cenizas... han resultado ser de una mujer, descubrimiento que se une a otros del mundo íbero —como los de Baza— y que demuestran que, fueran o no guerreras, que ese es otro asunto, los hombres no poseían el monopolio de los enterramientos con armas.

Sobre la mesa se nos muestra otro ajuar, en este caso de un preadolescente, con las armas sin doblar, pero con restos de haber estado pintadas de rojo. ¿Por qué? ¿Quizás el tinte rojizo de la almagra, del óxido de hierro, quisiera sustituir a la sangre que nunca vertió? (Estas tumbas serán publicadas en detalle próximamente por el Museo Histórico de Almedinilla y el equipo del Catedrático de Arqueología de la Universidad de Granada, Andrés María Adroher).

Una vez fotografiados los ajuares funerarios, nos dirigimos hacia el Cerro de la Cruz. Las encinas en flor custodian su entrada. Una réplica a tamaño natural de cómo serían las casas íberas del poblado nos da la bienvenida a nuestra entrada. Comprobamos que fueron construidas con muros de tapial o de adobe sobre un zócalo de piedras, con paredes enfoscadas y encaladas. Con frecuencia tenían dos pisos, unidos a través de una escalera de madera. Algunas tuvieron un pequeño patio trasero y se encontraban las unas junto a las otras, por lo que se podría pasar de azotea sin dificultad. Las cubiertas planas, de arcilla y cal, son casi horizontales, para evitar la erosión ocasionada por las lluvias. Cada casa posee su propio aljibe y en el interior de muchas de ellas se encuentran molinos de piedra.

El poblado se encuentra en lo alto de un cerro. Curiosamente, aún no se han descubierto las murallas, a pesar que desde su descubrimiento se pensó que se trataba de un *oppidum* fortificado. Quizás, hubieran recreado con muro de tapial las rampas de desnivel que la protegen y, ya se sabe, el tapial se diluye con el agua y el tiempo. Ocupa una extensión que supera las cuatro hectáreas y pudo albergar una población de casi dos mil personas. La datación de la destrucción es bastante precisa, porque, además de las técnicas de datación habituales, se localizaron monedas de Obulco y Malaka.

El poblado fue leal a las fuerzas de Viriato, en las conocidas como Guerras Lusitanas en el siglo II a.C., y Roma, triunfadora, no lo perdonó. Es más, quiso hacer un brutal escarmiento público. Atacó el poblado, mató a muchos de sus habitantes, y, tras incen-

El arqueólogo Nacho Muñiz se encuentra a cargo de los trabajos en el yacimiento del Cerro de la Cruz y la necrópolis de Los Collados. Está convencido de que las próximas campañas le depararán importantes sorpresas.





Las falcatas son espadas curvas de un solo filo, pensadas para cortar, hincar y rasgar, son típicamente íberas, y sus formas son originales y vanguardistas. Esta falcata y el puñal fueron encontrados en la necrópolis de Los Collados.

diarlo, lo condenó a una especial *damnatio memoriae*. Nadie podría entrar en el mismo, ni siquiera para enterrar a sus muertos. Así, se han encontrado en medio de una de las calles los restos de dos hombres de una misma familia, abrazados, con claras señales de heridas de arma. Hasta ahora se han descubierto siete cadáveres, pero se localizarán muchos más a medida que avance la excavación. Y, tras la matanza, el olvido extendió su manto negro de desmemoria sobre el lugar, que se transmutó en otra ciudad maldita sin nombre. Algunos postulan que bien hubiera podido llamarse Escadía, pero aún no está confirmado.

El lugar, como ya ocurriera con el Cerro de la Merced, parece condenado a estar siempre en zona de conflictos. Perdió en las Guerras Lusitanas y fue destruido. La almunia andalusí que se construyó encima, mil años después, también resultaría destruida por Córdoba, en su guerra con Omar ben Hafsún. Y, un milenio después, durante la Guerra Civil se situó en pleno frente de guerra con sus trincheras.

EL POBLADO TUVO UNA VIDA efímera, pues se estima que, entre el momento en que se levantó y el que destruyó, apenas si pasaron cincuenta años. De hecho, todavía se estaba construyendo en el momento de su destrucción, pues aparecen varias obras, como por ejemplo aljibes, sin finalizar. Al resultar incendiado y posteriormente clausurado, las edificaciones mantienen todos sus ajuares. Destacan a la vista los molinos y las ánforas. En una sola casa se han encontrado cuarenta ánforas de grano. El cereal más frecuente fue la cebada, aunque también se encontró escaña, un tipo primitivo de trigo también conocido como espelta chica. Otros alimentos localizados son aceitunas, uvas, yero, guisante, habas y restos de animales tanto domésticos como de caza.

El poblado es monofásico, esto es, se construyó de manera sincrónica una sola vez. Al quedar sepultado, nos legó una auténtica cápsula del tiempo, pues todos sus enseres quedaron aprisionados entre los escombros y cenizas. Su tardía construcción, principios de siglo II a.C., probablemente se deba a que sus pobladores llegarían hasta aquel lugar despoblado huyendo de los romanos desde su asentamiento original.

Abandonamos el Cerro de la Cruz y nos dirigimos hasta el museo arqueológico del pueblo. Resulta meritorio y sorprendente que una localidad de apenas dos mil cuatrocientos habitantes haya logrado crear un museo tan rico y bien concebido. Construido en un antiguo molino harinero se encuentra situado en una preciosa angostura. Sus paredes blancas contrastan con el verde de la alameda y de las huertas, todo ello encajonado entre altos farallones de roca.

El alcalde de Almedinilla, Jaime Castillo, se acercó para acompañarnos, prueba de su compromiso por la difusión y conservación del patrimonio arqueológico

del pueblo, convertido ya en un motor de actividad.

Aunque no procede en este reportaje abordar el mundo romano, no podemos dejar de admirar, una vez y otra, la bellísima escultura en bronce del Hypnos encontrado en El Ruedo. Se trata de una pieza excepcional, de talla internacional, comparable con las mejores del mundo clásico. La imagen en bronce de un hermafrodita danzante es también de una calidad increíble. Piezas que destacarían en el mejor museo del mundo y que, afortunadamente, se encuentran en Almedinilla.

Regresamos a la sala donde se exponen algunas de las piezas encontradas en el yacimiento del Cerro de la Cruz y en la aneja necrópolis de Los Collados. Esta necrópolis se excavó a finales del XIX, descubriéndose más de doscientas tumbas con importantes ajuares, entre los que destacan las impresionantes falcatas conservadas en el Museo Arqueológico Nacional, probablemente de las mejor conservadas de toda España.

Esa primera excavación no dejó bien indicada su ubicación, y el lugar se perdió. Ya hubo un intento fallido en 1903 de localizar, sin éxito, el yacimiento. Solo durante las recientes campañas se pudo redescubrir el yacimiento, en el que, afortunadamente, todavía se encontraron tumbas sin excavar, como las que contenían los ajuares de la mujer y del preadolescente que conocimos en el taller de restauración.

Pero un inesperado y aún más sorprendente hallazgo aguardaba al equipo de investigación. Tres ricos depósitos votivos, enterrados a poca profundidad, y sin tener relación directa con enterramiento alguno, vieron la luz para asombro de los arqueólogos. En el museo se exponen tres. El primero contenía un soberbio caldero de bronce; en el segundo, dos puntas de lanza de hierro, y en el tercero, muy curioso, diversas herramientas agrícolas, como una hoz, varios cerceros para el ganado o un pequeño escardillo, entre otros.

En el museo también se exponen lanzas, puñales y falcatas encontradas en el yacimiento y su necrópolis, lo que unido a cerámicas y a un conjunto de piezas de diverso tipo nos ofrecen una rica panorámica.

De nuevo, regresamos a Córdoba. Han sido dos días intensos que finalizamos con la sensación de que apenas estamos comenzando a conocer el mundo íbero que fuimos. 🌐



El escritor y editor **MANUEL PIMENTEL** (izda) y el fotógrafo **JOSÉ BAREA** no dejan de maravillarse ante la enorme riqueza arqueológica que atesora la ruta íbera. No descartan ampliar la ruta y visitar también los yacimientos de Levante.

El restaurador
Gonzalo Casas
trabaja en la
restauración de
unas piezas
encontradas en el
yacimiento del
Cerro de la Cruz.

